

La colectivización de la agricultura

Al referirnos a la NEP ya llamamos la atención sobre las reacciones enfrentadas que ésta suscitaba. Sus defensores, con Bujarin a la cabeza, estimaban que cualquier proyecto que reclamase una rápida e indiscriminada industrialización estaba abocado al fracaso. El sector agrario podía atender, sin excesivos problemas, necesidades diversas, proporcionando alimentos a las ciudades, generando materias primas que la industria demandaba y produciendo bienes que, exportados, debían permitir la obtención de divisas. Por lo que a la industria se refería, buena parte de los esfuerzos debían concentrarse en los sectores vinculados con la agricultura. Para los opositores a la NEP, en cambio, el sector privado agrario había incrementado en exceso sus beneficios, que escapaban al control, y a las posibilidades de reasignación, del Estado. La carencia de recursos de capital en la industria contrastaba con la riqueza creciente en poder de los *kulaki* o campesinos ricos. Como quiera que los capitales exteriores no llegaban y que la industria apenas generaba excedentes, las únicas posibilidades de desarrollo de esta última eran las que nacían de una supeditación de la agricultura a sus necesidades. Aparte todo lo anterior, los resultados económicos no eran precisamente espectaculares, sino que dibujaban una situación de inestabilidad política y presumible estancamiento económico.

Las cosas como fueren, la producción objeto de una comercialización efectiva era sensiblemente menor que la común en los años prebélicos. Entre las consecuencias de este hecho, que venían a apoyar las tesis de la oposición, estaban los graves problemas de alimentación que se hacían notar en las ciudades y la escasa capacidad de exportación. De esta situación pronto se hizo responsable a los *kulaki*, quienes, aun cuando tan sólo poseían el 3-4 % de la tierra, tenían a su disposición el 13 % de la superficie agraria útil y del orden de la tercera parte de la maquinaria. Un 20 % de la producción de trigo y un 15 % de la de la mayoría de los restantes productos agrícolas corría a cargo de los campesinos acomodados. La NEP había acrecentado las diferencias de riqueza en el campo y había contribuido a reforzar la condición de asalariados de una parte de los campesinos, empobreciendo a la mayoría. Aunque el nivel de ingresos de éstos seguía siendo muy bajo, su situación no era, sin embargo, extrema: apenas se hallaban sometidos a presión fiscal alguna y disfrutaban de la posibilidad de consumir los productos agrarios que ellos mismos generaban. Al tiempo, y como ya señalamos, las granjas colectivas y estatales apenas se habían abierto camino en el panorama agrario.

A partir de 1925 el Estado, llevado del deseo de limitar el papel, creciente, que los *kulaki* y los *népmni* habían asumido en las relaciones económicas, decidió aumentar el volumen de sus compras directas a los campesinos; sobre el papel, sin alterar el esquema fundamentador de la NEP iba a ser posible imprimirle un impulso decisivo a la actividad industrial. Tres años después, en 1928, el Estado controlaba nada menos que las tres cuartas partes del comercio de productos agrarios y estaba en condiciones de presionar para que los precios se redujesen y la producción se acrecentase. Las presiones suscitaron una pronta respuesta campesina, que de nuevo se tradujo en problemas de abastecimiento en las ciudades y en reducciones en el volumen de productos objeto de exportación. Aunque los niveles de producción correspondientes a 1928 fueron aceptables, los requisamientos estatales no consiguieron incrementar la oferta de productos agrarios. Fue entonces cuando la dirección estaliniana -lejos de reaccionar, como había sucedido unos años antes, en beneficio de los campesinos- decidió emplear resueltamente la fuerza y acometió un gigantesco y doloroso proceso de colectivización agraria. El debate al respecto se prolongaba ya durante varios años -en más de un sentido tenía su origen en la propia obra de Marx-, y al igual que sucedió en otras ocasiones, Stalin había aguardado, para tomar posición, a que las conclusiones de las disputas entre las diferentes facciones estuviesen más o menos clarificadas. Aunque en 1927 se había opuesto a la adopción de

medidas administrativas contra los *kulaki*, poco después cambió de opinión, en lo que en cierta forma era una respuesta a las demandas que sectores más o menos amplios de la dirección política habían realizado en las etapas precedentes. Es bien cierto, sin embargo, y por decirlo todo, que el grado de violencia que al final se desplegó no formaba parte de ninguno de los proyectos que había defendido, y es el caso más notorio, la “oposición de izquierda”.

Los mercados campesinos fueron clausurados al tiempo que se instauraba, como había sucedido durante el comunismo de guerra, una formidable operación de requisamiento de productos agrarios, con objeto de atender a las urgentes necesidades de abastecimiento de las ciudades. El XV Congreso del Partido, celebrado a finales de 1927, había resuelto, por otra parte, que “la tarea de unir y transformar las pequeñas propiedades campesinas en grandes explotaciones colectivas debe convertirse en el principal objetivo en el campo”. En enero de 1930 una resolución del Comité Central del Partido fijaba para la primavera de 1932 la consecución de una “colectivización total”, si bien aplazaba ésta hasta 1933 en dos casos: el de la cuenca del Volga y el del norte del Cáucaso. Desde el último año mencionado operaba, por añadidura, un sistema en virtud del cual el Estado fijaba con antelación las cantidades y los precios de los productos agrarios que las granjas debían entregar, de tal manera que era muy reducido el volumen de los productos que podían venderse libremente. La consecuencia inmediata no fue otra que lo que abiertamente se empezó a llamar “deskulakización”; entre sus afectados se contaron, naturalmente, los *kulaki*, pero también todos aquellos campesinos que se resistieron a los requisamientos o que mostraron escasa inclinación a incorporarse a las granjas colectivas. Muchos de unos y de otros -su número ha sido evaluado en un mínimo de cinco millones de personas- fueron enviados a campos de trabajo ubicados en Siberia o en las frías regiones septentrionales.

La traumática introducción de la fórmula colectivizadora ocasionó un enorme caos. Los campesinos optaban por sacrificar la cabaña ganadera, las disputas con las granjas colectivas eran frecuentes y no faltaban tampoco los abusos de los funcionarios locales. En términos generales, el nivel de vida en el campo se redujo sensiblemente; el relato que A. Koestler realizó de su viaje a la URSS de 1932 y 1933 -en *The Invisible Writing*- es suficientemente gráfico al respecto. Pese a todo ello, el proceso siguió adelante. Si en el verano de 1931 más de la mitad de las unidades familiares estaban integradas ya en las granjas colectivas, en 1936 el porcentaje correspondiente ascendía ya al 90 %. Los resultados no fueron, por lo demás, buenos. Aunque en términos absolutos la producción de cereales no se vio afectada -los niveles se situaron muy lejos, de cualquier modo, de las expectativas oficiales, que aspiraban a doblar los precedentes-, el sistema de requisamientos colocó en una posición crítica a muchos campesinos. Esto aparte, la producción de carne y de leche se vino abajo de manera dramática: los niveles previos a la colectivización no se recuperarían hasta mediados los años cincuenta. Por detrás de estos resultados se hallaban por igual la resistencia campesina y, en estrecha relación con ella, una bajísima productividad, que remitía a otros problemas: tamaño excesivo de muchas explotaciones, hipercentralización, debilidad de los estímulos económicos... Como quiera que los requisamientos se convirtieron en un procedimiento común, el abastecimiento de las ciudades no empeoró, aún cuando la abundancia no fuese precisamente el tono habitual; también se mantuvieron en niveles significativos, por cierto, las exportaciones de cereales.

Por lo que a las granjas colectivas respecta, sólo empezaron a producir resultados más o menos aceptables a mediados de los años treinta. Los esfuerzos de mecanización realizados no fueron suficientes y en repetidas ocasiones se hizo notar la falta de personal cualificado para dirigir las nuevas granjas. Los *koljozi* eran unidades económicas que, aunque estrechamente dependientes de las decisiones estatales, en el plano formal tenían sus propios presupuestos, pagaban impuestos, establecían las correspondientes reservas y

dividían los ingresos con arreglo a la cantidad y a la calidad del trabajo formalmente realizado por cada uno de sus miembros. Los medios de producción eran de su propiedad y la tierra que empleaban les había sido entregada, sin coste alguno, en usufructo y a perpetuidad. En la concepción oficial configuraban, de cualquier modo, una especie de fórmula de transición hacia otra estructura, los *sovjozi*, reproductora de los usos organizativos de las empresas industriales, plenamente estatalizada, de dimensiones mucho mayores y con un desarrollo marginal en los años treinta. Parece que muchos de los campesinos recién incorporados a los *koljozi* percibieron el trabajo en ellos como una especie de castigo que remitía a olvidadas formas de esclavitud. Este sentimiento se vio fortalecido cuando, en 1932, el Estado negó los pasaportes necesarios para permitir el libre movimiento de la población, y obligó por tanto a los campesinos a permanecer ligados, casi de por vida, a las explotaciones a las que se hallaban vinculados. Es verdad, sin embargo, que en 1935 se le reconoció a los miembros de los *koljozi* el derecho a cultivar pequeñas parcelas de tierra -a ellas dedicaban sus esfuerzos más granados- que se sumó al que, desde 1932, les permitía disponer de algunos animales. También es cierto que los cuidados médicos y el acceso a la enseñanza mejoraron sensiblemente al amparo de la extensión de las granjas colectivas.

En términos generales la colectivización forzosa, con sus dramáticos excesos, acabó con las estructuras tradicionales de la vida campesina en Rusia. Se llevó por delante también algunas zonas de producción agraria de alto rendimiento y generó una rémora -la provocada por una manifiesta desatención hacia los problemas del campo- que el sistema soviético no conseguiría superar en momento alguno. Fue el producto de una decisión política adoptada por la dirección del país, y en modo alguno respondió, como había sucedido con los cambios que se hicieron notar en el campo en 1917 y 1918, a una genuina revuelta popular: la “revolución desde arriba” que Stalin preconizaba no se vio apoyada, como eran sus deseos, desde abajo. Algún especialista ha subrayado incluso que los campesinos pobres, lejos de sentirse satisfechos por los sufrimientos de los *kulaki*, mostraban un inequívoco temor a que las mismas penas recayesen sobre ellos. En la opinión de G. Hosking la colectivización fue, por añadidura, “una trauma para el Partido, en la medida en que reavivó la psicosis de tiempo de guerra, bien que en condiciones de paz, e hizo que los funcionarios del PCUS se contemplasen a sí mismos como una fuerza de ocupación en un país hostil” (Hosking, 1990b, 168). La colectivización permitió acrecentar, por otra parte, el grado de control político ejercido sobre los campesinos y acabar con aquellos que mostraban -o al menos así lo interpretaban las autoridades- querencias por viejas fórmulas económicas, circunstancias ambas que a buen seguro no tenían una importancia menor en los proyectos de Stalin. A su amparo cobraron alas, en particular, muchos de los prejuicios con respecto a los “enemigos de clase”: los campesinos ricos y los empresarios que habían prosperado con la NEP. Gracias a la colectivización, en fin, un sector -la agricultura- que había permanecido relativamente alejado del control oficial durante los años veinte se integró plenamente en las estructuras políticas y económicas imperantes. Pese a los magros resultados, ese sector proporcionó el grueso de los recursos que en los mismos años treinta permitieron un extraordinario, aunque no por ello menos irracional, despegue industrial. Vistas las cosas en perspectiva, y aunque es obligado recordar que los problemas eran muchos y que todas las soluciones resultaban imperfectas, hay que convenir que la colectivización forzosa no fue una necesidad histórica, de la misma manera que no lo fueron el proceso al que inexorablemente se vinculó -la citada industrialización- y, menos aún, el recurso generalizado a la violencia y al terror.

Texto extraído de: La Unión Soviética. El espacio ruso-soviético en el siglo XX.
De Carlos Taibo. Págs. 87-91. Editorial Síntesis.
Madrid 1999.